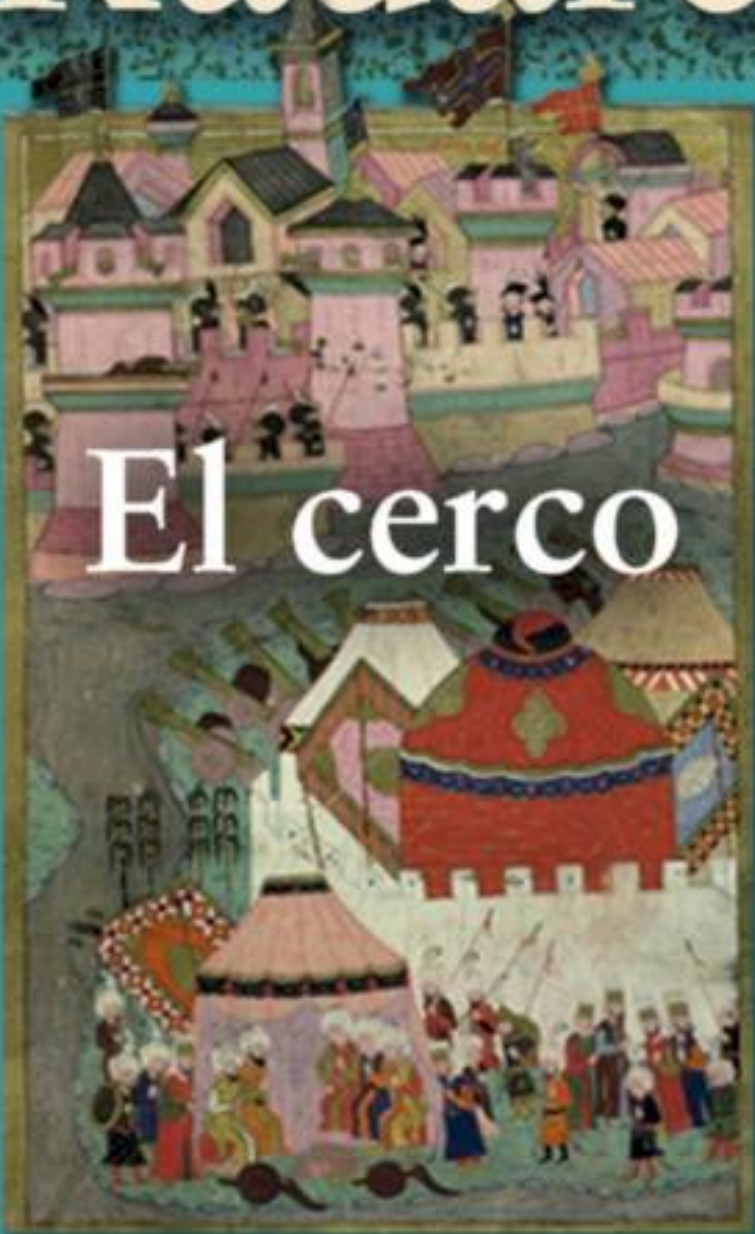


Ismail Kadaré

El cerco

Narrativa Histórica



En «El cerco» Ismaíl Kadaré recrea con singulares fuerza y viveza los meses angustiosos y terribles en que la gente de Albania, al mando del príncipe Jorge Castriota el mítico Scanderberg y tras negarse a someterse al imperio otomano, afrontó el embate de su poderoso ejército, así como los cruentos combates librados entre ambos bandos: el comienzo de las guerras balcánicas que, con el peso de la religión de fondo, han llegado hasta nuestros días. La novela puede verse, a la vez, como reflejo metafórico de lo que fue Albania durante la Guerra Fría: un territorio aislado cuyo particular régimen comunista se sentía cercado tanto por las potencias occidentales como por sus correligionarios vecinos del Este.

EL CERCO

Ismáil Kadaré

Introducción

Ismail Kadaré escribió *Rrethimi* (*El cerco*) en 1969, que apareció en su primera versión albanesa, en 1970, bajo el título de *Kështjella* (*La fortaleza*) a propuesta del editor, con el fin de poner énfasis en la resistencia, en la parte de la historia que en el relato mismo aparecía menos destacada: los albaneses mismos. En realidad, el título concebido originalmente para la edición albanesa por el autor era *Kasnecet e shiut* (*Los tambores de la lluvia*), pero aceptó la sugerencia, sabedor de los recelos que la narración despertaría, con el fin de garantizar su supervivencia. De hecho, Kadaré salía con esta novela de una profunda crisis creativa: después de haber publicado su arriesgada y experimental *El monstruo*, casi ignorada por la crítica oficial y marginada de inmediato, escribió y publicó *Dasma* (*La boda*), aplaudida por esa misma crítica y considerada por el autor su única obra «dogmática» (según su propia calificación), una concesión a la doctrina literaria imperante o una cesión a la presión estética ambiental. Después de ello, Kadaré consideró seriamente la posibilidad de abandonar la literatura y se sumió en el decaimiento. Según él mismo ha contado con posterioridad, en ese estado de apatía se topó con el texto de un viejo relato corto, propio, acerca de un bajá turco que se quitaba la vida después de que los tambores de la lluvia anunciaran el fin, y el fracaso, de su asedio a una fortaleza albanesa. Estos tambores militares tan peculiares se los había encontrado a su vez, en su época de estudiante de literatura en Moscú, en un viejo

relato «ornamentalista» de Leonid Leonov, de título *Tautamura*, de acuerdo con el nombre de un caudillo mongol que dirigía una expedición a través del desierto y en cuyo ejército aparecía un destacamento especial de tambores cuyo específico cometido consistía en anunciar sonoramente la lluvia... De acuerdo con memoraciones del propio autor, la recuperación de ese relato le devolvió el impulso y el deseo de escribir, y de este modo nació esta novela que, después de *El general del ejército muerto* y *Crónica de piedra*, contribuyó a consagrarle en Europa como un novelista de gran talla y al margen de encasillamientos «ideológicos» y estilísticos. Siempre según sus propias revelaciones, la novela apareció en su edición francesa de 1972 (Hachette) bajo el título original (traducido) de *Les tambours de la pluie*, merced a un «feliz descuido» del traductor, su compatriota Jusuf Vrioni: en el texto albanés utilizado por este aparecía el título original, y con él fue a parar a la imprenta... Sea esto completamente cierto o no, así fue como, con arreglo al procedimiento de la época en que la versión francesa se tomaba en términos generales como punto de partida para otras traducciones, la novela apareció titulada en otras lenguas, incluida la primera versión española, debida a Juan José del Solar, traducida del francés y aparecida en 1974, bastante antes de que quien firma estas líneas y la actual traducción iniciara su trabajo con la obra del ahora internacionalmente reconocido escritor albanés.

Pero Kadaré no solo estaba insatisfecho con el título, incluso del debido a la feliz equivocación, sino sobre todo con los recortes y concesiones debidos a la censura del momento en su país. En 1994, establecido en París después de su exilio voluntario en 1990 y aprestado a la sazón a la reedición de su obra anterior para su publicación bilingüe a cargo de Fayard, publica en el tomo II, con el mismo título de *Les tambours de la pluie*, una versión sustancialmente transformada y ampliada de la aparecida origi-

nalmente. Además de la revisión estilística a que sometió a varias otras novelas de ese y otros periodos, Kadaré transformó en este caso el texto primigenio en varios sentidos principales: inclusión explícita de referencias religiosas, que bajo el régimen del Enver Hoxha le estaban vedadas; pasajes de manifiesto contenido sexual bajo idéntica amenaza, y referencias y comentarios de orden político en lo relativo a la relación de los albaneses con los otomanos, de Scanderberg con la Sublime Puerta y otras; además de referencias más explícitas a determinados actos violentos y de barbarie entre otros detalles... Así pues, hacía tiempo que estas transformaciones introducidas por el autor, junto con la necesidad de entregar a los lectores una versión directa del albanés, acuciaban a este traductor a encontrar la oportunidad y los medios de una nueva edición. La ocasión, propiciada por el propio aumento del renombre de Ismail Kadaré y el incremento en la difusión de su obra, se ha presentado, después de que, por un lado, *El cerco (Rrethimi)*, título definitivo adjudicado por el autor a su novela de común acuerdo con el traductor de esta al inglés, David Bellos, cosechara un amplísimo y contundente éxito de crítica y público en los países anglosajones, y, por otro, de que el propio Kadaré diera a la luz en albanés (en la serie *Vepra –Obras–* que se viene publicando en la actualidad en Tirana) a una última versión de nuestra novela, con algunos, escasos esta vez, cambios respecto a las aparecidas con anterioridad, incluido el relativo al título.

No quisiera dejar de presentar esta narración: es una novela que habla de hechos más o menos históricos acaecidos en el siglo XV, poco antes del cerco definitivo y caída de Constantinopla en manos de los turcos otomanos. Es una novela de guerra, y la guerra, en la versión, frecuente entonces, del asedio a una ciudadela albanesa es la protagonista principal. Curiosamente, los albaneses casi no aparecen: la acción está localizada en el propio campo turco. Y está cargada de elementos que la excluyen, por

su concepción y su desarrollo, de su encasillamiento en la «novela histórica». Kadaré toca todos los palos narrativos, pero nunca ha escrito novelas «de género». Esa ha sido y es su elección, y su medio para proponernos historias que, dondequiera y cuando quiera que se apoyen, nos hablen de nosotros mismos, o de lo que tenemos de todos nuestros antecesores, o de aquello con lo que a él se le antoja confrontarnos en cada una de sus visiones o creaciones. Se podría, por otro lado, referir cuál era el ambiente de la Albania en que apareció, el momento histórico (nada menos que la versión local de la Revolución Cultural china), las implicaciones en lo relativo al juicio oficial de la historia pasada, a las relaciones de los Balcanes con «su» imperio correspondiente y secular. Pero no figura nada de eso entre las tareas que me atribuyo. Solo advertiré, para escépticos y poco informados, que el poderoso e inmenso Imperio Otomano emprendió veintiséis campañas contra ese pequeño país; que dos grandes emperadores, Murat y su hijo Mohamed II, se estrellaron personalmente en el intento de subyugarlo; que el asedio ficticio que aquí se relata es uno entre las decenas de ellos que tuvieron lugar realmente, siendo el más famoso el de la ciudad de Shkodër, del que sí quedó para la historia una crónica: *De obsidione Scodransi*, Venice, 1504, debida al albanés Marin Barleti...

Es esta, en todo caso, toda una obra literaria de alto nivel. Este traductor ha debido asumir con ella muchos, laboriosos y arriesgados retos. La aventura, incluida la estrictamente lingüística, ha sido emocionante. Espero que, como poco, provoque un efecto parecido en el lector. Estoy seguro de que lo merece.

RAMÓN SÁNCHEZ LIZARRALDE
Madrid-Soto de Agues, 2009-2010

Hacia el final del invierno, cuando los enviados del sultán turco partieron, comprendimos que la guerra era inevitable. Ellos habían recurrido a toda suerte de presiones con el fin de que aceptáramos convertirnos en feudatarios o vasallos, como dicen los latinos, de la Puerta. Tras las lisonjas y las promesas de permitirnos participar en el gobierno de su imperio ilimitado, nos acusaron de renegados, de habernos vendido a los francos, dicho de otro modo a Europa. Finalmente, como era de esperar, llegaron las amenazas. Tenéis mucha confianza en los muros de vuestras fortalezas, dijeron, pero aun cuando fueran tal como las imagináis, nosotros las cercaremos con un anillo de hierro, el de la sed y el hambre. Nosotros haremos que, cuantas veces retorne el tiempo de la siega y los días de la trilla, cuando miréis a lo alto creáis ver en el cielo un campo sembrado, y en la luna una hoz.

Luego partieron. Durante todo el mes de marzo sus correos, corriendo como el viento, llevaron mensajes a los vasallos balcánicos del sultán para que nos hicieran cambiar de idea o nos volvieran la espalda. Como era de esperar, ellos se vieron en la obligación de tomar este segundo partido.

Una vez solos, sabíamos que vendrían tarde o temprano. Nosotros ya habíamos afrontado el ataque de diferentes huestes enemigas, pero esperar al ejército más poderoso del mundo era otra cosa. Nuestras cabezas estaban en perpetua ebullición, de modo que puede imaginarse lo que sucedía en la de nuestro príncipe, Jorge Castriota. Todas las fortalezas, tanto las del interior como las de las zonas costeras, recibieron la orden de reparar sus torres y sobre todo de acopiar armas y provisiones. Aún se ignoraba

por qué lado penetrarían, y solo a comienzos de junio llegó la noticia de que se habían puesto en marcha siguiendo la antigua vía Egnacia, lo que significaba que se dirigían hacia nosotros.

Una semana más tarde, ya que el destino había querido que nuestro castillo fuera el primero en oponerse a la invasión, de la gran iglesia de Shkodër nos hicieron llegar el icono de la Virgen, el mismo que hace doscientos años proporcionó fuerzas a los defensores de Durrës para rechazar a los normandos. Dimos todos gracias a Nuestra Señora Inmaculada y sentimos entonces nuestros espíritus más sosegados y más fuertes.

Su ejército avanzaba lentamente. A mitad del mes de junio atravesó la frontera. Dos días más tarde, Jorge Castriota, acompañado por el conde Musaka, vino a inspeccionar por última vez la plaza y a desearnos buena suerte. Tras haber impartido las últimas instrucciones, abandonó nuestro castillo en la tarde del domingo seguido de su escolta y de las mujeres y los hijos de los oficiales, a los que debía dejar en un refugio en las montañas.

Les acompañamos un trecho del camino en silencio. Luego, después de despedirnos con efusión, regresamos al castillo. Desde lo alto de las torres los seguimos con la mirada hasta que se perdieron de vista en la Meseta de la Cruz, después los vimos reaparecer en la Pendiente Maliciosa hasta que, por fin, se internaron en la Garganta del Viento. Cerramos entonces las pesadas puertas y la fortaleza se nos antojó muda, privada ahora de las voces de los niños. Condenamos asimismo las segundas puertas interiores y nos dejamos invadir por el silencio.

En la mañana del 13 de junio, hacia el amanecer, sonó a rebato la campana de la capilla. El centinela de la torre oriental anunció que una nube amarillenta se divisaba en la distancia. Era el polvo de su ejército.

Capítulo primero

Las primeras tropas turcas llegaron bajo los muros de la fortaleza el 21 de junio. Emplearon la entera jornada en establecer su campamento todo alrededor. Al caer la tarde, aún continuaban llegando nuevos tabores. Una espesa capa de polvo cubría a los soldados, las banderas y los tambores, los caballos envueltos en pieles de cabra y los carros, los camellos cargados de bronce, los escudos y toda la impedimenta. En cuanto las distintas formaciones desembocaban en la llanura situada frente al castillo, los oficiales de un destacamento especial asignaban a cada una su emplazamiento en el campo y los soldados, a las órdenes de sus oficiales, se apresuraban a desplegar y levantar las tiendas para tenderse de inmediato en ellas, medio muertos de cansancio.

Ugurlu Tursun bajá, el comandante en jefe de las tropas, se encontraba en pie, solo, ante su gran tienda de color de rosa y contemplaba la caída del crepúsculo. Ahora el inmenso campamento, repleto de voces, órdenes, relinchos, oraciones, cascos y toda suerte de sonidos más, con sus largas hileras de tiendas, se le antojaba un inmenso pulpo que extendía uno tras otro sus tentáculos en todas direcciones para cercar lenta pero inexorablemente la ciudadela. Las tiendas más próximas no estaban más allá de cien pasos de los murallones, las más alejadas se perdían en la distancia. Sus ayudantes habían insistido en que el pabellón del bajá fuera instalado, al menos, a mil pasos de las murallas, pero él no había aceptado situarse tan lejos.

Años atrás, cuando era más joven y tenía un grado inferior, había dormido a menudo casi al pie de los muros de las fortalezas. Pero más tarde, a lo largo de las guerras y los asedios sucesivos, a medida que iba ascendiendo en el escalafón, junto con el color de la tienda se había ido modificando también la distancia que lo separaba de los muros. Ahora la había mandado plantar a poco más de la mitad de la distancia recomendada por sus ayudantes, es decir a unos seiscientos pasos. Aún estaba lejos de los mil...

Tursun bajá dejó escapar un suspiro. Así le sucedía cada vez que se detenía por primera vez a contemplar las fortalezas que debía asaltar. Parecía tratarse del efecto de la primera impresión, la más honda, antes de acostumbrarse a ella, algo semejante a lo que le sucedía con las mujeres. Cada una de sus aprehensiones comenzaba prácticamente de ese modo, para acabar también con un suspiro, aunque de alivio, cuando le echaba una última ojeada a la fortaleza conquistada que, como una viuda de luto, al borde de la consunción, esperaba la orden de ser restaurada o asolada.

El castillo que se alzaba esta vez ante él, como la mayoría de las ciudadelas cristianas, era lúgubre. Había algo de avieso, de funesto incluso, en la forma y en la disposición de sus torres. Esa misma impresión ya la había experimentado dos meses antes, cuando los expertos que se ocupaban de los preparativos de la campaña sometieron por primera vez a su juicio el plan de acción. En infinidad de ocasiones lo había tenido desplegado sobre las rodillas, durante horas, ya en la noche, cuando, allá en su gran mansión de Bursa, todo el mundo dormía. Conocía casi de memoria hasta los menores detalles de la fortaleza y, sin embargo, ahora que por fin la tenía efectivamente ante sus ojos, esa visión infundió tristeza en su alma.

Durante un rato buscó con los ojos la cruz en lo alto de la iglesia de la fortaleza. Luego la bandera temerosa, el

ave negra bicéfala cuya silueta antes imaginó que distinguió verdaderamente. El abismo cortado a cuchillo bajo la torre oriental, el terreno despejado ante el rastrillo, las torres almenadas, todo el resto de las imágenes se ensombrecía poco a poco. Alzó los ojos para ver una vez más la cruz, y se le antojó que emitía una irradiación maligna.

La luna no había aparecido aún. La idea de que los cristianos, después de haber visto cómo el Islam adoptaba la luna, no se habían apresurado a hacer suyo ese emblema celeste, sino que, extrañamente, continuaban prefiriendo en su lugar un vulgar medio de tortura como era la cruz, recorrió vagamente su cerebro. Al parecer, no eran tan sabios como se pretendía, aunque mucho menos lo habían sido tiempo atrás, en la época en que creían en múltiples dioses.

El cielo era negro. Si todo estaba ya decidido allí, ¿por qué Alá les sometía a tales pruebas y les permitía ensangrentarse sin descanso? A un bando le había dado murellas y puertas de hierro para defenderse, al otro, escalas y cuerdas para el asalto de modo que se acometieran unos a otros mientras él contemplaba la carnicería.

Aunque él no pretendía poner en duda lo que estaba escrito, de modo que bajó los ojos y tornó la mirada sobre el real de su ejército. La oscuridad iba invadiendo poco a poco la llanura, y la multitud de tiendas parecía flotar como una capa de niebla por encima del suelo. Allí se encontraban desplegados y en orden, de acuerdo con el plan diseñado previamente, los diferentes cuerpos de su ejército. Desde el lugar donde se encontraba se divisaban las banderas blancas como la nieve de los jenízaros y su gran olla de cobre, que estaban colgando de una alta percha de madera. Los jinetes de las tropas de castigo, los akenyis, llevaban los caballos a abreviar al río cercano. Más allá se extendían, innumerables, las tiendas claras de la principal fuerza de infantería, los azapes. Más cerca, hacia la derecha, tras los soldados de la guardia de hombres del

desierto, se habían instalado sucesivamente los tabores de asalto, los eshkinyis, luego las tropas escogidas de los dalkeliches, y más allá las tiendas de color azul claro de la flor y nata del ejército, los serdengestlers o soldados de la muerte. Luego se encontraban, por este orden, las unidades técnicas, los muselemes, los fundidores de hierro, las hermosas tiendas de los espahíes, los tabores de los curdos, de los persas, de los caucasianos, de los calmucos, de los mongoles y, más allá, donde el ojo del comandante en jefe ya no conseguía distinguir nada, debía de encontrarse la multitud abigarrada de las tropas irregulares de voluntarios, cuyo número exacto no conocía nadie. Poco a poco todo quedaba en orden, y ya en ese momento la mayor parte del ejército dormía. Se oían únicamente los ruidos producidos por los zapadores y los soldados de intendencia, que descargaban las mulas. Sobre el suelo iban quedando apiladas arcas repletas de piezas de bronce, pucherones, innumerables sacos repletos de provisiones, odres de aceite y de miel, grandes fardos que contenían toda suerte de suministros, arietes de hierro, cuñas, horcas, sogas de cáñamo provistas de ganchos, mazas, piedras esmeriles, sacos de azufre, toda una multitud de aparejos metálicos de los que no conocía ni el nombre.

Ahora estaba sumido en la oscuridad, pero al amanecer, ese ejército, más irisado que un tapiz persa, se desplegaría por doquier. Un verdadero vergel repleto de penachos, tiendas, crines de caballos, banderas blancas y azules, y de medialunas, centenares y centenares de medialunas de cobre, de plata, de seda, flotando como en un sueño. Y en mitad de este derroche de colores, la fortaleza parecería todavía más negra, coronada por aquel instrumento de tortura, la cruz. Él había venido desde el fin del mundo con objeto de derribar aquel signo.

A medida que se ahondaba el silencio, el ruido de los zapadores cavando se percibía con más claridad. Él sabía que muchos de sus oficiales maldecían entre dientes y es-

peraban que él mismo, muerto de sueño, diera la orden de que se interrumpiera la excavación de sangraderas. Apretó las mandíbulas lo mismo que el día en que, en pleno consejo de estado mayor, había hablado por primera vez de las letrinas: antes de ser una muchedumbre en marcha, banderas, sangre vertida, victoria o derrota, un ejército era un mar de orines. Boquiabiertos, ellos habían escuchado su exposición acerca de que, a menudo, el debilitamiento de un ejército comenzaba no en el campo de batalla, sino por mínimos detalles cuya importancia se despreciaba, difíciles siquiera de imaginar, como por ejemplo el hedor y la inmundicia.

Imaginaba cómo los regueros iban creciendo, cada vez más próximos al río, que despertaría por la mañana amarillento y ciego... De este modo comenzaba en realidad la guerra, y no como la imaginaban las señoras de la capital.

Estuvo tentado de reírse al evocarlas pero, extrañamente, sintió por ellas algo próximo a la nostalgia. Era la primera vez que le sucedía algo semejante. Sacudió la cabeza como si se burlara de sí mismo. Sí, experimentaba un verdadero sentimiento de nostalgia pero, más que a las damas de Bursa, concernía a toda su lejana Anatolia. Durante el camino había evocado de forma continua sus llanuras plácidas e indolentes. Se las había representado sobre todo cuando el ejército penetró en el país de los albaneses y sus cumbres terribles aparecieron por primera vez ante sus ojos. Sucedió una mañana temprano. Iba durmiendo sobre el caballo cuando oyó, procedente de todas partes, la palabra *dagllar*, *dagllar*, pronunciada de modo peculiar, se decía que con temor. Los oficiales alzaban las cabezas hacia uno y otro lado para verlas mejor. También él se sentía verdaderamente conmovido. Nunca había visto unas montañas semejantes. Se le antojaban una angustiosa pesadilla que te oprime sin que el despertar sirva de liberación. La tierra y las rocas parecían haberse precipitado furiosamente hacia el cielo, desafiando todas las leyes

de la naturaleza. Alá debió de estar lleno de cólera en el momento de crear este país, se había dicho, y por centésima vez a lo largo de la expedición le consumió la duda de si el mando de aquella campaña se le había confiado gracias a la intervención de sus amigos o de sus enemigos.

Durante la marcha había observado que la imagen de aquellas crestas poseía la facultad de irritar los nervios de la mayoría de los oficiales. En sus conversaciones aludían con creciente frecuencia a la llanura que esperaban con impaciencia ver desplegada ante ellos. El ejército avanzaba con lentitud, arrastrando ahora con él, además de las armas y los pertrechos, la pesada sombra de las montañas. Lo peor era que él no podía hacer nada para librarles de aquello.

Lo único que podía hacer era ordenar que viniera el cronista de la expedición y preguntarle cómo pensaba describir aquellas cumbres. Este, temblando de miedo, había recitado para representarlas toda una retahíla de frases largas y trufadas de epítetos aterradores. Pero ninguna de ellas fue del gusto del bajá, quien le ordenó que meditara más sobre ello. Por la mañana, el historiador, con los ojos enrojecidos por la noche en vela que acababa de pasar, le leyó su descripción. Aquellas eran, decía, unas crestas tan altas que ni los mismos cuervos conseguían remontarlas; solamente el demonio alcanzaba a trepar por ellas a costa de grandes penalidades, haciéndose trizas las sandalias y las manos, y hasta las gallinas debían herrarse las patas para recorrerlas.

Tursun bajá había encontrado apropiadas estas imágenes. Ahora, ya caída la noche, trató de recordar aquellas frases, pero estaba rendido, y su espíritu fatigado reclamaba reposo. Aquella había sido la más larga, la más agotadora expedición de toda su larga vida de soldado. La antigua ruta, a trechos impracticable, que databa del tiempo de los romanos y debía ser reparada a toda prisa por las unidades de ingenieros, parecía no tener fin. En